Introducción

Los profesionales del mundillo taurino son personas de sensibilidades sociales diversas, también, naturalmente, en lo que concierne a las ideas políticas. La posición que la mayoría de los integrantes del planeta taurófilo mantuvo a lo largo de los 987 días que duró la Guerra Civil ha sido un tema tabú sobre el que casi ninguno de sus protagonistas se ha pronunciado públicamente. De esta manera, la postura que adoptó el colectivo taurino ante la asonada militar es un capítulo en blanco en las biografías de la mayor parte de los estoqueadores de reses bravas que estuvieron en activo entre el 18 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939.

Escritores tan solventes como José María de Cossío *(Los toros)* o Néstor Luján *(Historia del toreo)* ofrecen una extensa y detallada recopilación biográfica sobre la mayoría de los lidiadores de reses bravas de los últimos siglos, incluidos aquellos a los que el conflicto militar les afectó directamente. Pero por este episodio pasan de puntillas, y reiteradamente lo califican de «revolución», «movimiento salvador», «cruzada», etcétera.

Lo mismo sucede con las biografías autorizadas de Marcial Lalanda, Domingo Ortega o Manuel Rodríguez, *Manolete,* firmadas por escritores tan acreditados como Andrés Amorós, Antonio Santainés y Filiberto Mira. Solo un libro de reciente aparición dedicado en exclusiva a la figura de Manolete *(Vida de un torero que se convirtió en mito,* de Juan Soto Viñolo) abre algunas de las puertas que durante varias décadas han permanecido cerradas a cal y canto. En menor medida lo hacen algunos pasajes de las autobiografías de Pepe Dominguín y de su sobrino Domingo.

Los principales episodios del mundo taurómaco en los casi tres años de conflicto bélico se encuentran recogidos en tres libros fundamentales. El primero de ellos es el escrito por Luis Uriarte, *Don Luis:* *Toros y toreros, de 1936 a 1940,* fuente de la que bebieron sin excesivos miramientos Demetrio Gutiérrez Alarcón *(Los toros de la guerra y del franquismo)* y Julio de Urrutia *(Los toros en la guerra española).* Estos últimos trabajos fueron posteriormente complementados de manera mucho más documentada y precisa por el historiador aragonés Javier Pérez Gómez *(La Brigada de los Toreros).*

Es obvia la división de los asientos de las plazas de toros en tres partes más o menos simétricas: tendido de sol, tendido de sombra y tendido de sol y sombra. De igual modo es evidente que el conjunto de los escaños parlamentarios es la representación perfecta de medio coso taurino, con la presidencia y sus correspondientes asesores incluidos en el escenario. Así, existe un gran paralelismo entre la puesta en escena de las funciones taurinas y las sesiones parlamentarias. La ubicación de barreras, contrabarreras, tendidos, gradas, palcos o balconcillos de los recintos taurófilos se asemeja fielmente a la de los escaños en los que se sientan los miembros del arco parlamentario más representativo. A su vez, la clase social de cada uno de los miles de asistentes a los más variados festejos taurinos quedaría encuadrada de acuerdo con su ubicación en las distintas filas de tendidos. Sobre el papel, los aficionados a las corridas de toros que se aposentan en los tendidos de sol representarían a los votantes más de izquierdas; mientras que aquellos otros que se acomodan en las bancadas sombreadas seguirían a las formaciones políticas más conservadoras y con mayores recursos económicos. Al menos así se entendía en torno al 18 de julio de 1936.

Los días anteriores al estallido de la Guerra Civil, los seguidores de los dos grandes bloques políticos (los que se etiquetaban de izquierdas y derechas, moderados y extremistas) se fracturaron sin soldadura posible entre partidarios de la legalidad republicana y partidarios del golpe militar. A la par, el mundillo tauromáquico se vio impelido a fraccionarse, y ambas partes enfundaron los estoques para empuñar los máuseres, cambiando el vestido de luces por el mono proletario o la camisa azul.

En el verano de 1936, la mayoría de los principales actores taurinos —de escasa instrucción cultural— no debía de ser muy consciente de los problemas que realmente atenazaban al país en el que vivía. Tal vez no veían mucho más allá del vuelo que marcaban sus capotes. Con excesiva frecuencia, su criterio personal se veía mediatizado por el ascendiente que sobre ellos ejercían sus respectivos mentores. Para muchos de ellos, tras «hacer las Américas» durante la primavera de 1937, pronto quedaron pocas dudas acerca del camino que debían seguir. Otros descubrieron que las escasas oportunidades que tenían de practicar el oficio taurino se encontraban en las ciudades controladas por los partidarios del general Franco. Y allí se encaminaron, a pesar de que hacía solo unos pocos meses que algunos habían vestido el mono proletario —sobre el que resplandecía una estrella roja de cinco puntas— en lugar del clásico traje de luces.

En general, cuando los estoqueadores triunfan en los redondeles y consiguen amasar una cierta fortuna dineraria, lo primero que hacen es borrar de la memoria sus raíces proletarias.

Parece claro que al menos en los dos últimos siglos la mayoría de las figuras del toreo han sido «utilizadas» por los principales partidos políticos. En el cercano año 2010, la prohibición de celebrar corridas de toros en la plaza Monumental de Barcelona —el único coso que quedaba abierto al público de los tres con que llegó a contar la ciudad— politizaba de nuevo esta añeja tradición popular.

El primer tercio de la prohibición se abrió en el parlamento autonómico, donde los partidos políticos con mayor representación se posicionaron en contra de la lidia de reses bravas en los circos taurinos de la comunidad autónoma catalana. En las posturas más extremas del debate se situaron los partidos políticos más ideologizados, ICV y ERC, contrarios a la muerte en público de ganado bravo. En el polo opuesto, el PP se posicionó completamente a favor de las celebraciones tauromáquicas. Por su parte, los partidos mayoritarios, PSOE y CiU, se posicionaron entre el sol y la sombra tras dejar libertad de voto a sus diputados, lo que permitió que la mayoría de ellos se decantase por la abolición de la lidia de reses bravas en la «futura nación catalana».

La historia se repite una vez más. El Partido Popular ha aprovechado la anterior coyuntura regional, especialmente contraria a la fiesta de los toros en Cataluña, para extender la politización de la fiesta taurina a nivel estatal, trasladando el debate a las comunidades autónomas en las que gobierna, en busca de los correspondientes réditos electorales. Al mismo tiempo, el partido conservador está moviendo los hilos de los principales estoqueadores en busca de los votos de los aficionados a los toros —en general, bastante conservadores— y su consecuente repercusión mediática.

En los dos últimos años se ha visto a algunos de los coletudos más señeros del escalafón solicitar el traspaso de las competencias taurinas desde el Ministerio del Interior al de Educación, Cultura y Deporte, a pesar de que la mayoría de ellas están transferidas a las diversas comunidades autónomas, mientras siguen sin resolverse los graves problemas estructurales por los que atraviesa la industria del toreo.

Paralelamente, y dentro de la estrategia de utilización política de la fiesta taurina, un escogido grupo de senadores del Partido Popular, la mayoría aficionados a la lidia de reses bravas (Pío García-Escudero, Juan Manuel Albendea…), está contribuyendo a la politización de la fiesta brava, trasladando el debate a las bancadas del Senado y el Congreso de los Diputados. Así, se han comprometido a presentar un recurso de amparo ante el Tribunal Constitucional —avalado por cincuenta senadores populares—, movimiento que han apoyado con una solicitud a la UNESCO para que se declare la fiesta de los toros Bien de Interés Cultural y Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad.

Ante esta coyuntura, una vez más, los matadores de toros (el Juli, Cayetano Rivera, Miguel Ángel Perera, José María Manzanares, Enrique Ponce…) se han posicionado en línea con los intereses políticos que defiende el Partido Popular sin medir muy bien sus posibles consecuencias. De hecho, para intentar equilibrar su posición política pública, se han reunido con algunos diputados socialistas que supuestamente son partidarios inequívocos de la fiesta taurina.

Además de las maniobras que está poniendo en práctica el Partido Popular, a propuesta de la Federación de Entidades Taurinas de Cataluña se puso en marcha una iniciativa legislativa popular avalada por seiscientas mil firmas que pretendía que las corridas de toros fueran consideradas Bien de Interés Cultural, tal como sucede en Francia desde hace varios años. En el fondo de esa propuesta subyacía el intento de recuperar las corridas de toros en Cataluña. La iniciativa fue aprobada en el Congreso de los Diputados con los votos a favor de los congresistas populares[[1]](#footnote-1), tal como era de esperar, dado que la iniciativa no estaba consensuada con el principal partido de la oposición, el PSOE, con el argumento de que «a algunos diputados de su grupo no les gustan los toros». Por su parte, CiU y el PNV mezclaron el asunto con ciertas competencias políticas: a pesar de que aceptan los *correbous* y el *sokamuturra* en sus respectivas comunidades, votaron en contra de la iniciativa. Por su parte la Izquierda Plural, se opuso radicalmente a la fiesta taurina, tal como en los años treinta promovió la diputada Margarita Nelken, con el argumento de que las grandes extensiones que se dedicaban al ganado bravo deberían cederse a los campesinos para que las cultivaran.

La jornada parlamentaria del 12 de febrero de 2013, en la que se debatió esta propuesta en el Congreso de los Diputados, se reforzó con la presencia en los tendidos del palacio parlamentario de los principales estoqueadores —entre los que sobresalían el jubilado Santiago Martín, *el Viti,* y el coempresario francés de Las Ventas, Simón Casas, seguramente convocados ambos por Albendea y García-Escudero— para apoyar públicamente el primer debate abierto en la cámara alta.

Una vez más, los distintos partidos políticos están intentando utilizar la fiesta de los toros en función de sus intereses coyunturales. En la Guerra Civil ocurrió lo mismo. El gremio taurino debió empuñar los máuseres en lugar de los garapullos.

1. El resultado de la votación fue 180 votos a favor (PP, UPN, UPyD y Foro Asturias), 40 en contra (CiU, PNV, ERC e Izquierda Plural) y 107 abstenciones (PSOE). [↑](#footnote-ref-1)